



CAPÍTULO VI.

Vuelve Escipion de Nueva-España: acomódale Gil Blas en casa de Don Enrique. Estudios de este señorito: honores que se le confieren; y con qué señora le casa el conde-duque. Como á Gil Blas se le hizo noble con repugnancia suya.



UN no habia recibido la mitad de la familia de Don Enrique, cuando Escipion volvió de México. Preguntéle si estaba contento de su espedicion.—Debo estarlo, me respondió, pues que con los tres mil ducados que tenia en dinero contante, he traído dos veces mas en géneros de buen despacho en este pais.—Hijo mio, le dije, yo te doy mil enhorabuenas, y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, haciendo el año que viene otro viage á las Indias; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podré dártelo.—Pardiez, me respondió el hijo de la Coscolina, que en eso no hay que dudar; mas quiero ocupar un buen destino al lado de vd. que esponerme de nuevo á los peligros de una larga navegacion. Esplíquese vd., mi amo: ¿qué ocupacion piensa dar á su criado.

Para enterarle mas bien de todo, le conté la historia del señorito que el conde-duque acababa de introducir en la casa de Guzman. Despues de haberle informado de este curioso pormenor, y héchole saber que este ministro me habia nombrado ayo de Don Enrique, le dije que queria hacerle ayuda de cámara de este hijo adoptivo. Escipion que no deseaba otra cosa, aceptó con gusto este acomodo, y le desempeñó tan bien, que en menos de tres ó cuatro dias se atrajo la confianza y el afecto de su nuevo amo.

Se me habia figurado que los pedagogos que habia elegido para enseñar al hijo de la genovesa perderian su tiempo, pareciéndome que en su edad seria indisciplinable; sin embargo engañó mis recelos. Comprendia y retenia fácilmente cuanto le enseñaban; de lo que estaban muy contentos sus maestros. Pasé inmediatamente á dar esta noticia al conde-duque, que la recibió con extraordinario gozo.—Santillana, me dijo enagenado, no sabes la alegría que me causas con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria y penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y acaba de persuadirme que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va esplicando. Guardéme bien de decir á S. E. lo que pensaba sobre el particular, y respetando su flaqueza, le dejé gozar del placer falso ó verdadero de creerse padre de Don Enrique.

Aunque todos los Guzmanes aborrecian de muerte al tal señorito de nuevo cuño, disimulaban por política, y aun algunos de ellos fingian solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes que habia en Madrid, tratándole con el mismo respeto y atencion que si fuera hijo legítimo del conde-duque. Lisonjeado estremadamente este ministro con el incienso que se ofrecia á su ídolo, se dió priesa á colmarle de dignidades. La primera gracia que pidió al rey para Don Enrique fue la cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de gentil-hombre, y deseando entroncarle con una de las familias mas esclarecidas de España, puso los ojos en Doña Juana de Velasco, hija del duque de Castilla, y fué tanto su poder, que lo logro, á pesar del mismo duque padre de la novia y de sus parientes.

Algunos dias antes de hacerse la boda, me envió á llamar S. E., y luego que me vió me puso en la mano un pergamino, diciéndome:—Aquí tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para tí: ya eres noble.—Señor, le respondí sorprendido de lo que acababa de oír, V. E. sabe que soy hijo de una dueña y de un escudero; paréceme que agregarme á la nobleza, seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el réy me puede hacer, ninguna merezco ni deseo menos.—Tu humilde nacimiento, replicó el ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: te has ocupado en los negocios del estado bajo el ministerio del duque de Lerma y del mio; ademas, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al monarca servicios que merecen ser premiados? En una palabra, Santillana, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces cerca de mi hijo, ecsige que seas noble; y por eso he solicitado tu ejecutoria.—Ríndome, señor, le repliqué,

puesto que así lo quiere V. E.; y diciendo esto salí con mi ejecutoria metiéndomela en el bolsillo.

Con que ahora soy caballero, me dije á mí mismo cuando estuve en la calle: héteme que ya soy noble sin tener que agradecersele á mis parientes: ya podré cuando me acomode, hacer que me llamen *Don Gil Blas*; y si á algun conocido mio se le antoja reirse de mí llamándome de este modo, le haré ver mi ejecutoria; pero leámosla, continué sacándola del bolsillo, y veamos de qué manera se borra en ella el villanismo. Leí pues el real título, que decia en sustancia: que el rey en reconocimiento del celo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su servicio y por el bien del estado, habia tenido á bien recompensarme con la merced de noble, &c. Y me atrevo á decir, en alabanza mia, que no me inspiró el menor orgullo; antes bien, no perdiendo jamas de vista la humildad de mi nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba. Por lo mismo me propuse encerrar la ejecutoria en un cajon, en lugar de hacer ostentacion de poseerla.



CAPITULO VII.

Gil Blas vuelve á encontrar casualmente á Fabricio: última conversacion que ambos tuvieron; y consejo importante que Nuñez dió á Santillana.



El poeta asturiano, como se habrá notado, se olvidaba fácilmente de mí. Por mi parte, mis ocupaciones no me permitian ir á visitarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia* de Eurípides, cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la puerta del Sol, que salia de una imprenta. Me acerqué á él diciéndole:—¡Hola, hola! Señor Nuñez, vd. viene de casa de un impresor; eso me huele á que quieres regalar al público con alguna nueva composicion tuya.

—Sin duda debe esperarla, me respondió; actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos.—No dudo de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papeluchos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores.—Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Con todo, he caido en la tentacion, y te confieso que es un hijo de la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga al lobo á salir de su madriguera.

—¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor de *el Conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil escudos de renta, ha de hablar de esa manera!—Vamos poco á poco, amigo, me interrumpió Nuñez; ya no soy aquel poeta afortunado que gozaba de una renta bien pagada. Desordenáronse de repente los negocios del tesorero Don Beltran, disipó el dinero del rey, embargáronle todos los bienes, y se llevó el diablo mi pension.—Malo es eso, le dije; ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado?—Maldita, me respondió: el Señor Gomez del Ribero está tan miserable como su poeta; cayó en el agua, sin que pueda jamas salir á la orilla.

Segun eso, hijo mio, repuse yo, te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension.—No quiero que te tomes ese trabajo, me dijo; aunque me ofrecieras en las secretarías del ministro un empleo de tres mil ducados de sueldo, le rehusaria. Las ocupaciones de las oficinas no convienen á los que se han criado entre las musas. Á estos solamente les convienen distracciones literarias. En fin, ¿qué quieres que te diga? Yo nací para vivir y morir poeta, y quiero seguir mi suerte. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de que vivimos en una total independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, sin esceptuar á los compositores de almanaques, que no tenga una buena casa á donde ir á comer. Yo tengo dos donde soy bien recibido, y en ellas dos cubiertos asegurados, uno en la mesa de un director general de la real hacienda, á quien dediqué una novela, y otro en la de un caballero rico de Madrid, que tiene el flujo de querer que siempre le acompañen eruditos á la mesa: por fortuna no es muy delicado para elegir, y así fácilmente halla cuantos quiere en la poblacion.

—En ese caso, dije al poeta asturiano, ya no te tengo lástima, puesto que estás contento con tu suerte. Como quiera que sea, te aseguro de nuevo que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad: si necesitas mi bolsillo, acude francamente á mí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive de un auxilio que nunca te faltará, y á mí me niegue el gusto de serte útil.

—En esas generosas espresiones, exclamó Nuñez, te reconozco, Santillana, y te doy mil gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi gratitud á esa fineza, quiero darte un consejo saludable. Mientras que todavia dura el poder del conde-duque, y te mantienes en su gracia, aprovecha el tiempo, dáte prisa á enriquecerte, porque ese ministro, á lo que me han asegurado, vacila en su asiento.—Preguntéle si aquello lo sabia de buen original, y me respondió:—Lo sé por un caballero de Calatrava viejo, que tiene buen olfato, á quien todos escuchan como un oráculo, y le oí decir ayer: El conde-duque tiene muchos enemigos y todos conspiran á derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oídos á las quejas que le llegan de él. Agradecí á Nuñez la prevencion; pero hice poco caso de ella, y me volví á casa, persuadido de que la privanza de mi amo era indesquiciable, á la manera de aquellas viejas encinas que, arraigadas profundamente en la tierra, se burlan de los mas violentos huracanes.



CAPÍTULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el rey un viage á Zaragoza.



O que el poeta asturiano me habia dicho, no carecia de fundamento. Se formaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al conde-duque, á cuyo frente se decia estaba la misma reina. Sin embargo, nada se traslucia en el público, de las medidas que tomaban los confederados para hacer caer al ministro, y se pasó mas de un año sin que yo notase que su privanza disminuyera.

Pero el levantamiento de Cataluña, sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el gobierno. Estas fueron causa de que se tuviera un consejo á presencia del rey, al que quiso S. M. concurriese el marques de la Grana, embajador de la corte de Viena. Tratóse en él si era mas conveniente que el monarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragon á dejarse ver de sus tropas. El conde-duque, que no tenia gana de que el rey saliera para el ejército, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del consejo, á escepcion del marques de la Grana, que llevado de su celo por la casa de Austria, y con la franqueza genial de su nacion, se opuso abiertamente al parecer del primer ministro, y defendió lo contrario, con razones tan poderosas, que convencido el rey de su solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al sentir de todos los votos del consejo, y señaló el dia de su salida para el ejército.

Esta fué la primera vez de su vida que el monarca dejó de seguir el dictámen de su privado; novedad que le llenó de amargura, considerándola como una terrible afrenta. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete á tascar en plena libertad el freno, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto, me contó trémulo, agitado y como fuera de sí lo que habia pasado en el consejo. En seguida, como si no pudiera volver de su sorpresa:—Sí, Santillana, continuó, el rey, que hace mas

de veinte años que no habla sino por mi boca, ni ve por otros ojos que por los míos, ha preferido el dictámen del marques de la Grana al mio. Pero ¿de qué modo? Colmando de elogios á este embajador, y alabando sobre todo su celo por la casa de Austria, como si este aleman tuviera mas que yo. Por aquí fácilmente se conoce, prosiguió el ministro, que hay un partido formado contra mí, y que la reina está á su cabeza.—¿Y eso le inquieta á V. E.? le repliqué yo: doce años ha que la reina está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios; y otros tantos que V. E. acostumbró al rey á no consultar con su esposa ninguno de ellos. Respecto del marques de la Grana, pudo muy bien el rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña.—No das en ello, interrumpió el conde; dí mas bien que mis enemigos esperan que, hallándose el rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los grandes que le habrán de seguir, y entre ellos habrá mas de uno poco satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque sabré disponer que durante el viage se haga el rey inaccesible á todos los grandes. Así lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia que se señaló para la salida del rey, despues de haber nombrado éste á la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella ciudad. De allí se trasladó á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército: ya se preparaba para ir allí; pero el conde-duque se lo disuadió, haciéndole creer que se ponía á peligro de caer en manos de los franceses, que ocupaban las llanuras de Monzon; de suerte que el rey, atemorizado de un peligro que no podia temer, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, y bajo pretexto de velar en su seguridad, era, por decirlo así, como un centinela de vista; de manera que los grandes, despues de haber hecho escesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó cuanto antes á Madrid, y concluyó así la campaña, dejando al marques de los Velez, general del ejército, el cuidado de sostener el honor de las armas españolas.



CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del conde-duque.



OCOS dias despues del regreso del rey, se esparció por Madrid una mala nueva. Súpose que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna ésta para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian tomado las armas y aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, resueltos absolutamente á mantenerle en el trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de una dominacion que aborrecian.

Lo mas singular fué que, cuando la corte y todos sus habitantes se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey á espensas del duque de Braganza; pero S. M., léjos de prestarse á sus insípidos gracejos, tomó un semblante sério que enteramente le inmutó, haciéndole prever su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caida, cuando supo poco despues que la reina se habia manifestado sin reserva contra él, diciendo públicamente que su mala administracion habia dado lugar á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habian seguido al rey en el viage á Zaragoza, advirtieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se unieron á la reina. Pero lo que dió el último golpe decisivo fué, que la duquesa viuda de Mantua, gobernadora que habia sido de Portugal, regresó de Lisboa á Madrid, é hizo ver al rey, que de la rebelion de los portugueses, solo tenia la culpa la conducta de su primer ministro.

Hicieron tanta impresion en el ánimo del monarca las palabras de aquella princesa, que desde el mismo punto cesó el encaprichamiento hácia su privado, y se desprendió de todo el afecto que le habia tenido. No bien llegó á noticia del ministro que el rey daba oídos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiéndole licencia para dejar su empleo y retirarse de la corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputarle todas las desgracias que durante su ministerio habian sucedido á la monarquía. Parecíale que esta súplica haria grande efecto en el corazón del rey, suponiendo que aun se conservaria en él inclinacion suficiente para no consentir jamas en semejante retiro; pero la única respuesta de S. M. fué, que le concedia el permiso que solicitaba, y que así podia irse á donde mejor le pareciere.

Estas pocas palabras, escritas de propio puño del rey, fueron como un rayo para S. E., que no lo esperaba de ninguna manera. Sin embargo, por mas atónito que estuviese, aparentó un aire de entereza, y me preguntó qué haria yo en su lugar. Respondíle que fácilmente tomaria mi determinacion, abandonando para siempre la corte, y retirándome á alguno de mis estados, á pasar tranquilamente el resto de mis dias.— Piensas juiciosamente, repuso mi amo, y estoy resuelto á ir á terminar mi carrera en Loeches, despues que haya hablado una sola vez con el monarca, para representarle que he practicado quanto era posible en lo humano para sostener la pesada carga que tenia sobre mis hombros, sin haber tenido mas culpa en los siniestros acontecimientos de que me acusan, que la que tiene un diestro piloto que, á pesar de quanto puede hacer, mira su bajel arrebatado por los vientos y por las olas. Lisongeábase el ministro de que aun podia aquietarse el rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia; ántes bien se le envió á pedir la llave de que se servia para entrar en el cuarto de S. M. siempre que queria.

Conoció entonces que ya no le quedaba esperanza, y se resolvió buenamente á retirarse. Ecsaminó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó sin riesgo el camino de Loeches, pueblo corto de que era señor, donde la condesa su muger habia fundado un convento de religiosas dominicas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.